

Cien años sin Eça de Queirós

Elena Losada Soler

El 16 de agosto de 1900 moría en Neuilly José María Eça de Queirós. Había nacido en Póvoa de Varzim en 1845, tres años antes de la revolución de París y de la publicación del *Manifiesto comunista*, y murió mientras los periódicos contaban el asalto de los boxers a las legaciones extranjeras en Pekín, una de las primeras crisis del colonialismo. Con su prematura muerte desaparecía el máximo representante del realismo naturalista en Portugal y uno de los nombres clave para comprender la literatura europea del siglo XIX. También para la literatura española, y a pesar de ese mutuo desconocimiento que ya parece ser un tópico inevitable, el autor portugués es una referencia. El eco de Eça de Queirós resuena en Wenceslao Fernández Flórez y en Julio Camba, y también en el Valle-Inclán de las *Sonatas*, que leyó a Eça de Queirós mucho mejor de lo que las horriblas traducciones firmadas por él dan a entender.

En 1845 Portugal vivía los últimos ecos del liberalismo militante, de aquella oleada de optimismo político que creyó firmemente en el poder del hombre para transformar su realidad. En concordancia con ese marco exaltado Eça de Queirós nace ilegítimo, hijo natural del magistrado José María de Almeida Teixeira de Queirós y de Carolina Pereira de Eça. Cuatro años después de su nacimiento sus padres se casaron pero el niño siguió viviendo con sus abuelos paternos. Años más tarde, estudiante en Coimbra, vivirá ya en otro marco ideológico. Bajo el reinado constitucional de Pedro V y de Luis I de Portugal se instala en un sistema de alternancia de partidos casi ritual, pactado a través de un férreo caciquismo rural (magníficamente reflejado en *La ilustre casa de Ramires*), muy semejante al de la Restauración española. Sólo la aparición en 1874 del Partido Socialista y más tarde del Partido Republicano, introducirá algún elemento dinámico en un panorama completamente estancado, el de la consagración del triunfo burgués, blanco de los ataques de Eça de Queirós en sus primeras novelas. Pero si la situación política era aburrida, no lo era, ni mucho menos, la efervescencia estudiantil de Coimbra. Los nuevos avances técnicos, en especial la inauguración en 1863 de la línea directa de ferrocarril que unía Lisboa

con París, favorecieron la llegada más rápida de corrientes culturales. Eça de Queirós nos dejó un inventario de esas nuevas lecturas que trajo el tren: «Cada mañana traía su revelación, como un nuevo sol. ¡Era Michelet que surgía, y Hegel, y Vico, y Proudhon, y Hugo, convertido en profeta y justiciero de los reyes, y Balzac, con su mundo perverso y lánguido, y Goethe, vasto como el universo, y Poe, y Heine, y creo que ya Darwin y tantos otros»¹. Se trata de una mezcla de romanticismo y positivismo, especialmente marcado por el Hugo poeta social de *Les Châtiments*, que debía chocar necesariamente con los Lamartine y Walter Scott de la generación precedente. La agitación, latente hasta entonces, cristalizó en 1865 con la llamada «Cuestión de Coimbra», una polémica a la cual la literatura prestó su voz para la expresión de un enfrentamiento generacional que iba más allá del ámbito artístico.

En la polémica se enfrentaron los jóvenes poetas de Coimbra –un mínimo grupo de apenas dos integrantes: Teófilo Braga, futuro presidente de la Primera República Portuguesa, y Antero de Quental– y el poder literario representado en Lisboa por António José Feliciano de Castilho, el último superviviente de la primera generación romántica. El enfrentamiento tuvo su origen en el poco afortunado prólogo laudatorio que éste último escribió para una obra de Pinheiro Chagas, uno de sus protegidos. La avalancha de panfletos y contrapanfletos que durante dos años generó la polémica fue el indicador de la inminencia del cambio.

Los primeros escritos de Eça de Queirós, recién licenciado en Derecho, datan de 1866, cuando empieza a publicar en *Gazeta de Portugal* las páginas recogidas póstumamente bajo el epígrafe de *Prosas bárbaras*, sugerido por él mismo, ya en su madurez, con nostálgico distanciamiento. Se trata de textos inequívocamente románticos en los cuales aparecen pinceladas baudelairianas junto a paratextos de Heine y primeros ejercicios de crítica literaria. Al año siguiente funda y dirige en Évora –de hecho lo elabora en su totalidad– el periódico de oposición *O Distrito de Évora*, verdadera escuela en la que el joven Eça aprende sociología política y también practica la variedad de registros que la prosa periodística le exige.

En 1869 tiene lugar uno de los hechos cruciales de su vida. El joven Eça de Queirós, corresponsal del *Diário de Notícias*, y su amigo y futuro cuñado el conde de Resende viajan a Suez para asistir a la inauguración del canal, la gran obra de ingeniería que alimentó el mito del progreso y el

¹ Eça de Queirós: *Notas Contemporâneas, Livros do Brasil, Lisboa, s.d., p. 260 (la traducción es mía).*

orgullo científico de los europeos y fortaleció las bases del pensamiento positivista de mediados de siglo. Los dos amigos embarcaron en Lisboa el 23 de octubre de 1869 y regresaron el 3 de enero de 1870. Visitaron Egipto (Alejandría y El Cairo) asistieron a la inauguración del canal y prolongaron después su viaje hasta Palestina.

Este viaje, tan cargado de resonancias artísticas, siguiendo las huellas de Gérard de Nerval y de Flaubert, marca un hito en la evolución de la estética queirosiana. Los folletines de la *Gazeta de Portugal* son todavía textos de iniciación, claramente romántico-baudelairianos y resuenan fuertemente en ellos los ecos de las lecturas que los alimentaron. A su regreso de Egipto, y tras una lectura minuciosa de Flaubert, Eça cambia de rumbo estético. Este viaje real dio muchos frutos literarios. La posterior actividad periodística de Eça le debe mucho. Desde las crónicas «De Port Said a Suez» para el *Diário de Notícias* en 1870 hasta la serie de artículos «Los ingleses en Egipto» (1882) publicados en la *Gazeta de Notícias* de Río de Janeiro y recogidos en *Cartas de Inglaterra*, resuena el eco de este viaje. También su obra ficcional es un constante testimonio de ese periplo mediterráneo. Además de los casos en que el viaje articula el texto, como en *La reliquia* y en *La correspondencia de Fradique Mendes*, encontramos ecos del viaje de 1869 en *Los Maia* y en *El mandarín*.

Un año después de este viaje a Oriente, Queirós participó en uno de los hitos más significativos de la cultura portuguesa de la segunda mitad de siglo: las «Conferencias Democráticas» en el Casino de Lisboa, concreción práctica de las líneas programáticas de la «Generación del 70». Bajo la guía de Antero y la influencia del pensamiento de Proudhon, los jóvenes tertulianos del cenáculo de la Travessa do Guarda Mor elaboraron un programa de renovación nacional que tenía como eje la necesidad de romper el aislamiento de Portugal y de integrarse en los movimientos culturales, políticos y sociales que agitaban Europa. El propio Antero se encargó de exponer el manifiesto de este nuevo ideario en la conferencia inaugural del ciclo, el 22 de mayo de 1871, ideario recogido en un texto redactado por él mismo y firmado, entre otros, por Teófilo Braga, Eça de Queirós, Manuel de Arriaga, Oliveira Martins y Jaime Batalha Reis.

La conmoción provocada por este ciclo de conferencias, que incluía títulos tan revulsivos como «Causas de la decadencia de los pueblos peninsulares» o «Los historiadores críticos de Jesús», fue tal que un decreto ministerial prohibiendo la continuación del ciclo abortó el proyecto el 26 de junio del mismo año. Por aquel entonces Eça de Queirós ya había pronunciado su conferencia, que fue la cuarta. En ella, y siguiendo a Proudhon, Eça aboga por un arte revolucionario: frente a la decadencia del romanti-

cismo, el arte debe volver a la realidad, describirla y actuar sobre ella. Se trata de un eclecticismo entre las teorías sociales de Proudhon y las ideas de Taine sobre la influencia de factores extraliterarios en la literatura. En realidad lo que Eça defendía en 1871 era una simbiosis entre realismo y naturalismo en la cual el ideal literario pasa, de acuerdo con una tesis ideológica previa, transformada. Esta conferencia era más que un ataque a la literatura establecida, el prólogo teórico a su propia producción ficcional entre 1874 (fecha del cuento *Rarezas de una muchacha rubia*) y 1880 (inicio de su alejamiento del realismo con *El mandarín*), época a la que corresponden sus dos grandes novelas realistas: *El crimen del padre Amaro* y *El primo Basilio*.

Tras el revuelo provocado por las «Conferencias del Casino» Eça de Queirós cerró una etapa, la de los estudios, las tertulias y la agitación social y cultural, para entrar en la que será, ya para el resto de su vida, su profesión: la carrera diplomática. El 16 de marzo de 1872 fue nombrado cónsul de Portugal en La Habana, primero de sus «exilios profesionales». El peso que su prolongado alejamiento de Portugal tuvo en la configuración de su obra realista y en su posterior abandono de esta estética es relevante. Entre 1872 y 1900 Eça de Queirós pasará sólo breves temporadas de vacaciones en Portugal. Esta distancia provoca dos efectos: por una parte la progresiva idealización de la patria lejana, que irá convirtiéndose en una Arcadia depurada por el recuerdo; por otra, el alejamiento de la ortodoxia realista, un corsé demasiado estrecho para las necesidades estilísticas de Eça y que difícilmente puede convivir con la lejanía de la sociedad que debería ser «objeto de estudio».

La heterodoxia queirosiana respecto al realismo se manifiesta también a través de uno de los rasgos esenciales de su prosa: la ironía convertida en todo un programa estético. La ironía de Eça de Queirós se aplica a la situación de su país, a la definición de tipos sociales y actúa siempre como un filtro entre el narrador y el lector. En un texto irónico leemos pautados, guiados por la intención del autor. Verdaderamente poca objetividad e impersonalidad narrativas podemos esperar de un autor que confiesa la satisfacción que le produce «dar de bastonazos» a sus personajes.

El otro pilar sobre el que se construye la prosa queirosiana es lo que Marichal llamó la «voluntad de estilo»: el ansia de crear una forma de expresión que fuera a la vez personal, nueva y perfecta. La voluntad de estilo es para él algo que trasciende la pura perfección formal. *Le style n'est qu'une manière de penser*, decía Flaubert. Bajo las fases aparentemente contradictorias de la evolución literaria queirosiana –Eça romántico, naturalista, modernista, látigo de burgueses, cruel ridiculizador de la Iglesia

burocratizada o biógrafo de santos— fluye una única corriente común, más profunda que la temática y la adscripción a una corriente literaria: la constante voluntad de crear una prosa que fuera, como la define su *alter ego* Fradique Mendes: «[...] algo cristalino, aterciopelado, ondulante, marmóreo, que solo, por sí mismo, plásticamente, creara una absoluta belleza, y que, expresivamente, como palabra, lo pudiese traducir todo, desde los más fugaces tonos de luz hasta los más sutiles estados del alma»². Esta «religión de la forma», en terminología queirosiana, es lo más sobresaliente de su obra, lo que la levanta por encima de la media de los novelistas de su época y lo que hace que, más allá de la trama de su ficción, de las anécdotas del argumento, se pueda releer una y cien veces una página queirosiana encontrando en ella siempre algo nuevo. Como dijo Unamuno: [...] en Eça de Queirós hay muchas páginas, muchísimas, que tienen valor por sí. Se puede ojear al azar, por aquí y por allá, una novela de Eça de Queirós. Cada perla del collar tiene valor de por sí»³.

Para la creación de esta nueva prosa Eça contó fundamentalmente con dos maestros, Flaubert y Almeida Garret (1799-1854). La influencia de Flaubert fue inmediatamente percibida por los críticos, tanto por los favorables, que apoyaban la cosmopolitización de la literatura portuguesa, como por los desfavorables, que le acusaron de empobrecer y de afrancesar el léxico portugués. La influencia de Garrett pasó más desapercibida, pese a ser esencial y proceder de su misma tradición literaria y de su misma lengua. Almeida Garrett fue el verdadero renovador del portugués escrito, vio claramente el estancamiento provocado por el divorcio existente entre lengua escrita y lengua hablada y trató, especialmente en su obra más destacada, *Viajes por mi tierra*, de reducir esta distancia. Garrett tenía además, como el propio Eça, una visión dialéctica de la realidad, un antidogmatismo a la vez racional e instintivo. A ambos la vida se les ofrecía en una multitud de aspectos. Para captar esa realidad facetada y poliédrica era necesario encontrar unas fórmulas dúctiles, que permitieran aprehender el sentido fluyente de la existencia, fórmulas literarias que, como la adjetivación binaria y ternaria o el juego surgido de la yuxtaposición de un adjetivo objetivo y otro de sugerencias subjetivas, permitieran exponer los diversos ángulos de la percepción.

La estancia de Eça de Queirós en Cuba fue breve. En noviembre de 1874 fue destinado a Newcastle-on Tyne, donde estuvo hasta ser trasladado a

² *Eça de Queirós*: La correspondencia de Fradique Mendes, [Trad. de Elena Losada. Prefacio de Carlos Reis] Barcelona, Destino, 1995, p. 119.

³ Unamuno, Miguel de: «El sarcasmo ibérico de Eça de Queirós», en Eça de Queiroz «In Memoriam» organizado por Eloy do Amaral y M. Cardoso Martha, Atlântida, Coimbra, 1947, p. 387.

Bristol en 1878. En total Eça permaneció en Inglaterra catorce años, hasta su nombramiento como cónsul en París en 1888. Durante esos años se quejó amargamente en sus cartas, como suelen hacer los diplomáticos, del clima inglés y de su gastronomía, pero también profundizó en el conocimiento de la literatura inglesa, cuya vena irónica tan bien conectaba con su propio estilo. Esa influencia es muy notable en la ambientación «inglesa» de *Los Maia*.

Los años de Inglaterra son los de la etapa realista-naturalista y también los del progresivo abandono de esta corriente estética. A su regreso del viaje a Oriente, Eça se despide del romanticismo de *Prosas bárbaras* con *El misterio de la carretera de Sintra*, una parodia de los folletines rocamboleros escrita en colaboración con Ramalho Ortigão con quien colabora también en la serie de *Las banderillas*, crónicas satíricas sobre la vida de Lisboa en las que Eça aguza su estilete contra los aspectos más ridículos de la vida burguesa. En 1874 apareció en el *Diário de Notícias* el cuento *Rarezas de una muchacha rubia*, su primer ensayo de prosa ficcional realista. Decidido a predicar con el ejemplo las ideas de su conferencia escribe en sus años de Newcastle las dos primeras versiones de *El crimen del padre Amaro* y *El primo Basilio*. Las dos novelas son representativas del Eça de Queirós más estrictamente naturalista, al menos en su contenido temático. *El crimen del padre Amaro* es la aportación queirosiana al tópico realista del pecado carnal del sacerdote, desde la óptica anticlerical de crítica a la hipocresía de una Iglesia institucionalizada, y un análisis de las nefastas consecuencias de las vocaciones inducidas y del celibato sacerdotal impuesto. *El primo Basilio* es también la realización queirosiana de un tema epocal, el adulterio femenino en el seno del mundo burgués. Ambas novelas le proporcionaron fama –una fama muy rentable– de «escritor escandaloso». Con *El primo Basilio* se inició también la polémica sobre los «plagios» de Eça de Queirós. Efectivamente hay en la novela queirosiana claros ecos de *Madame Bovary*, pero lo mismo podría decirse de una decena de novelas europeas de su tiempo. Los argumentos usados por «Clarín» para defenderse de la misma acusación lanzada por Bonafoux valen también para Eça de Queirós.

Durante esta época Eça planea asimismo un ambicioso proyecto titulado «Escenas de la vida portuguesa» o «Escenas de la vida real» que no llegaría a ver la luz más que en la dudosa forma de las publicaciones póstumas refundidas por su hijo. Son *Alves & Cia.*, *El conde de Abranhos* y *La capital*, los textos publicados alrededor de 1925 envueltos en la polémica sobre la legitimidad de publicar obras que su propio autor había abandonado,

polémica que se repetiría en 1980 cuando vio la luz el último de los inéditos queirosianos, *La tragedia de la Rua das Flores*, novela que Eça abandonó porque su contenido fue en parte incorporado a *Los Maia*.

A partir de 1880 Eça empieza a dar señales de cansancio del realismo e inicia un nuevo rumbo estético. Es el año en que empieza a escribir *Los Maia*. Concebida al principio como una más de las novelas breves de «Escenas de la vida portuguesa» se convertirá en el proyecto más ambicioso de su vida. Varias veces Chardron anunciará la inmediata publicación de la novela y varias veces deberá aplazarla, ya que el texto no estuvo definitivamente listo hasta 1888. En esos ocho años el contexto cultural europeo había cambiado también; la literatura rusa, divulgada en Occidente por De Vogüé propició formas de psicologismo distintas a las anteriores y al espiritualismo de tintes franciscanos inspirado por el libro de Sabatier, se unieron formas estéticas que preludian el modernismo y otros ismos finiseculares. *Los Maia* refleja esa transición. A lo largo de la novela la descripción realista de las clases altas de Lisboa se completa con la nueva importancia atribuida a los sueños y premoniciones y con la construcción simbólica de la novela. La familia, microcosmos simbólico como en la tragedia griega, refleja en el incesto entre Carlos y Maria Eduarda da Maia, hermanos separados desde niños, el fracaso de todo un mundo basado en el orden lógico del positivismo.

Mientras *Los Maia* proseguía su lenta gestación y para tranquilizar al pobre Chardron, editor en la eterna angustia de la espera, Eça publicó dos novelas breves para entretener a sus lectores: *El mandarín* (1880) y *La reliquia* (1887). Son dos novelas «novelescas», que rompen con toda su producción anterior. *El mandarín* es una *chinoiserie*, un cuento filosófico basado en un tema de Chateaubriand: ¿matarías a un viejo mandarín en los confines de China si para ello sólo tuvieras que tocar una campanilla y así heredaras su fortuna? Como era de esperar la resolución queirosiana de este apólogo moral fue muy distinta a la del romántico francés. En cuanto a *La reliquia* resulta ser también una fábula (in)moral sobre la hipocresía. Teodorico Raposo se ve obligado a fingir una religiosidad que no siente para heredar la fortuna de su muy beata tía. En su viaje a Palestina «fabrica» una reliquia que va a asegurarle para siempre la anhelada herencia. Por una burla del destino –y por un error en los paquetes– será el camisón de su amante lo que aparezca en el oratorio de doña Patrocínio. Estas dos novelas llenas de malévolo humor y de fantasía marcan el fin de la fase realista de Eça de Queirós y el inicio de un camino literario que le llevará en muy pocos años a una estética fin de siglo mucho antes de la aparición de formas semejantes en la literatura española.

En el momento en que se produce este importante cambio de rumbo estético tiene lugar un hecho decisivo también en la vida personal de Eça de Queirós. El 10 de febrero de 1886 se casa con Emilia de Castro, condesa de Resende, la hermana menor de su amigo de juventud y compañero en el viaje a Egipto. Con este enlace Eça entra en un círculo de la sociedad portuguesa muy distinto a su burguesía de origen. Ya en *Los Maia* los personajes pertenecen a la alta burguesía financiera y a la aristocracia y en *La ilustre casa de Ramires* el círculo descrito es el de la antiquísima aristocracia rural. El joven airado de la tertulia proudhoniana de 1870 se remansa, el martillo de clérigos y burgueses, deja paso al refinadísimo estilista, el sarcasmo evoluciona hacia la ironía finisecular.

En 1888, vio finalmente cumplido su sueño de muchos años: dejar Inglaterra y ocupar el consulado portugués en París. Allí vivirá hasta su muerte, nacerán sus cuatro hijos y recibirá las noticias que amargarán sus últimos años. A la evolución de su dolencia intestinal, que le causará la muerte, se añadió el disgusto producido por el «Ultimátum» inglés y, peor aún, por la reacción portuguesa. En 1890 el entonces todopoderoso Imperio Británico obligó a los portugueses bajo fuertes presiones y amenazas a renunciar a sus aspiraciones de establecer una unión territorial entre Angola y Mozambique que crearía de costa a costa de África un amplio espacio colonial portugués. El «Ultimátum» fue recibido en Portugal como una gran humillación nacional de efectos parecidos a la crisis del 98 en España. Pero la reacción no pasó de un conjunto de superficiales medidas antibritánicas y no se produjo ese verdadero movimiento de reflexión y de regeneración nacional que Eça llevaba esperando tanto tiempo. Fracasaron así sus esperanzas, diáfanas expresadas en el pasaje de la cena en el Hotel Central en *Los Maia*, de que Portugal, situado frente a una gran humillación, sacaría de sí la fuerza oculta que propiciase un amplio movimiento de cambio y dinamización. Fue el gran desengaño de sus últimos años, la abdicación del sueño de transformar la realidad portuguesa que había alentado el espíritu de las «Conferencias del Casino». El grupo de la «Generación del 70» se convierte en «Los Vencidos de la Vida».

Al año siguiente, en setiembre de 1891, le llega la noticia del suicidio de Antero de Quental, su amigo de juventud, el guía ideológico de las «Conferencias del Casino». En 1895 otra muerte, la de su amigo de madurez, el historiador y político Oliveira Martins, cuyo pensamiento es determinante en la obra queirosiana de los años 90. Entre esas noticias de muerte y su propio dolor físico, Eça de Queirós sigue escribiendo. Datan de esos años *La correspondencia de Fradique Mendes*, primero publicada en folletines,

La ilustre casa de Ramires y *La ciudad y las sierras*. El protagonista de *La correspondencia de Fradique Mendes* había nacido en 1869, casi como un preheterónimo, fruto del deseo de Eça y Antero de dotar a la literatura portuguesa de un poeta baudelairiano. Pero el Fradique que Eça recupera a finales de los 80 es un héroe decadente, con la obsesión por la estética del Floressas des Esseintes de Huysmans pero sin sus sufrimientos y taras hereditarias. Fradique es un superhombre, un modelo fin de siglo, y con tal suma de perfecciones como protagonista no puede construirse una novela. Eça crea una biografía –casi hagiográfica– y un epistolario que lo muestra «entregado a la ocupación de pensar». En esas cartas alterna los destinatarios reales (Oliveira Martins, Ramalho Ortigão, el propio Eça) con los imaginarios y con todos ellos Fradique-Eça teoriza sobre política, religión, arte y literatura. Estamos en las antípodas temáticas y estéticas de *El crimen del padre Amaro*.

La ilustre casa de Ramires, en la estela del «Ultimátum» inglés, es una novela sobre la humillación. Novela simbólica, en la que Gonçalo Mendes Ramires, último descendiente de una ilustrísima familia cuya decadencia corre paralela a la de su país, es el propio Portugal del presente. Las teorías queirosianas de una regeneración mediante el dolor y sus reflexiones sobre el «Ultimátum» se unen ahora a las ideas de Oliveira Martins sobre el papel de África en la recuperación de Portugal para mostrarnos cómo Gonçalo tendrá que descender a la sima de su propia cobardía y de su claudicación moral hasta ser capaz de remontar y de reconducir su propia vida buscando en Mozambique una inyección de fuerza y de vida.

Las últimas obras de Eça de Queirós son sorprendentes. El joven satánico y baudelairiano de *Prosas bárbaras*, el naturalista «escandaloso» de *El crimen del padre Amaro* y *El primo Basilio*, el humorista de *El mandarín* y *La reliquia*, el refinado esteta de *La correspondencia de Fradique Mendes*, sufre una curiosa «conversión» que le conduce a la que se ha llamado fase hagiológica o fase nacionalista. *La ciudad y las sierras* es un ensueño arcádico en el que el hipercivilizado e infeliz Jacinto, habitante de un palacio parisino repleto de las últimas tecnologías –y de algunas de ciencia ficción, que Eça describe con la maestría de Julio Verne–, descubrirá la esencia de la felicidad en la *aurea mediocritas* de sus reencontradas propiedades en las tierras del Norte de Portugal. Jacinto es el urbanita que añora –a veces sin él saberlo– la Arcadia perdida. *La ciudad y las sierras* fue recibida como la reconciliación de Eça con su patria, a la que había fustigado en tantas páginas; en realidad se trataba de algo más profundo: un hombre prematuramente envejecido por la enfermedad y por el dolor vive en la ciudad con la que tanto soñó para acabar descubriendo que no res-

ponde a sus expectativas de tantos años y desde la inmensa metrópolis de Baudelaire sueña con un paraíso perdido que es más la juventud y la fuerza que el propio Portugal.

Más desconcertantes son aún las *Leyendas de santos* y el *Diccionario de milagros* que deja inacabadas. Vidas de santos quizá inexistentes –San Onofre, San Frei Gil, San Cristóbal– impregnadas de un profundo franciscanismo, como si un vago socialismo evangélico hubiera sustituido al Proudhon de su juventud, escritas en una bellísima prosa que demuestra cuál es el hilo conductor de toda su producción: la creación de ese lenguaje prosístico nuevo en la literatura portuguesa. ¿Qué hubieran sido estas *Leyendas de santos* si Eça no hubiera muerto a los 55 años? ¿Hasta dónde habría llegado en su «religión de la prosa»? ¿Cómo habría reaccionado ante las vanguardias y ante el fenómeno de *Orpheu*? Lamentablemente estas preguntas y tantas otras quedan necesariamente sin respuesta porque Eça de Queirós murió, hoy hace cien años, en Neuilly.